

omitir algunas pinceladas que ofenden nuestro gusto para hacer de esta elegía mística lo que ella es en sí, esto es, una obra maestra de pasión y de poesía. Por lo demás, estas dos imitaciones están muy abreviadas en la presente edición.

XXII.—Pág. 76. El sepulcro de Leónidas.

Los huesos de Leónidas fueron traídos de las Termópilas cuarenta años después de la famosa batalla, y enterrados bajo el anfiteatro, detrás de la ciudadela, en Esparta. Yo he buscado por mucho tiempo este sepulcro con la obra de Pausanias en la mano, y solo he encontrado en este sitio seis grandes monumentos casi del todo arruinados, á los cuales preguntaba inútilmente sobre las cenizas del vencedor de los persas. Un silencio profundo reinaba en aquel desierto: la tierra estaba cubierta á grandísima distancia con los escombros de Lacedemonia, y yo andaba vagando de una en otra ruina, acompañado de un genizaro. Nosotros éramos los dos únicos vivientes que aparecían allí en medio de tantos ruinosos muros; ambos éramos bárbaros, y extraños uno á otro, tanto como lo éramos también para la Grecia: salidos de las selvas de las Galias, y de las rocas del Cáucaso, nos habíamos encontrado en el interior del Peloponeso, yo para pasar, y él para vivir sobre unos sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

XXIII.—Pág. 76. Cimodocea... no puede permanecer en la Grecia...

Así la separación de los dos esposos, y el viaje de Cimodocea á Jerusalem, están bastante fundados. Cimodocea es ya casi cristiana, y casi esposa de Eudoro; por otra parte los cristianos están próximos á ser juzgados. Se ve que en cada libro da un paso más la acción.

XXIV.—Pág. 76. Con un rayo.

«Transierunt omnia illa tanquam umbra et tanquam nuntius percurrentis» (Sap., cap. V, v. 7)

LIBRO DECIMO QUINTO.

Este libro no tiene necesidad esencial de notas, fuera de estos dos puntos: 1.º Pisto era en efecto obispo de Atenas en la época de que hablo, y se halló en el concilio de Nicea; 2.º hay muchos anacronismos con respecto á Juliano y á los grandes hombres de la Iglesia, que yo represento en el jardín de Platon. He hecho en este libro algunas correcciones de estilo, he suprimido algunas frases, etc., etc. Reemplazaré las notas de este libro con un largo trozo de mi *Itinerario*, el cual servirá de comentario al viaje de Eudoro.

NOTA PRIMERA.—Pág. 77. Marchaba hacia Argos por el camino de la montaña...

De Esparta á Argos hay dos caminos el uno pasa por el valle de Tejeo, y el otro va atravesando las montañas que circuyen el golfo de Argos. Yo he seguido este último, y este es tan bien el que he hecho tomar á Eudoro. Antes de citar mi *Itinerario*, debo observar que Argos estaba ya casi arruinada en tiempo de Pausanias; y era tan pobre, en el reinado de Juliano el Apóstata, que no pudo contribuir á los gastos y restablecimiento de los juegos Istmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, cuyo singular monumento literario hemos conservado entre las obras de este emperador (Epist. XXV.) Argos, patria del rey de los reyes, pasó á ser en la edad media la herencia de una viuda veneciana, y fue vendida por esta viuda á la república de Venecia en doscientos ducados de renta vitalicia, y quinientos pagados por una sola vez. Coronelli trae este contrato. Véase el paradero de la gloria!

Itinerario.—Desde las ruinas de Esparta parti para Argos sin volver á Misitra. Habíame despedido de Ibrahim Bey, y me separaba sin sentimiento de Lacedemonia; no obstante no podía dispensarme de aquella tristeza que se experimenta en presencia de una gran ruina, y cuando uno se separa de unos sitios que no volverá á ver jamás. El camino que va de la Laconia á la Argólida era en la antigüedad el mismo que es en el día, esto es, uno de los más ásperos y quebrados de la Grecia. Atravesamos el Eurotas á la entrada de la noche por el paraje mismo en que lo habíamos ya pasado viniendo de Tripolitza, y en seguida volviendo hacia levante, entramos por unas gargantas de montañas. Nosotros caminábamos con bastante rapidez por en medio de los preci-

pios y de las ramas de los árboles que nos obligaban á tendernos sobre el cuello de los caballos para no lastimarnos; no obstante esta precaución, me di tan fuerte golpe en la cabeza con una de estas ramas, que caí sin conocimiento á diez pasos de distancia; y como mi caballo seguía siempre su galope, no fue observada mi caída por los compañeros de viaje que iban delante de mí, hasta pasado algún tiempo: reparan estos mi falta, vienen a mí, y sus gritos me hicieron volver de mi desmayo.

«A la una de la madrugada llegamos á la cima de una montaña muy alta, en donde dejamos descansar nuestros caballos, y el frío que sentimos era tan vivo, que nos vimos forzados á encender fuego con el ramaje que por allí había. No sé que nombre pueda darse á este paraje tan poco célebre de la antigüedad, pero debíamos hallarnos cerca de las fuentes de Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, en el golfo de Argos.

«Llegamos á las dos de la mañana á un lugar bastante crecido llamado San Pedro, y muy cerca del mar, y vimos que no se hablaba allí mas que de un acontecimiento trágico que se apresuraron á contarnos.

«Una niña de aquel lugar perdió á sus padres, y encontrándose dueña de una pequeña fortuna, la enviaron sus parientes á Constantinopla, en donde permaneció hasta la edad de diez y ocho, en cuya época se volvió á su pueblo. Era hermosa; hablaba el turco, el italiano y el francés; y cuando pasaban algunos extranjeros por San-Pedro, los recibía con una urbanidad tal que los del pueblo llegaron á sospechar de su virtud. Los principales de aquellos aldeanos se juntaron, y después de haber examinado entre sí la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de una moza que les deshonraba el lugar. Para esto se proporcionaron la suma que está señalada en Turquía para el asesinato de una cristiana: y en seguida entraron durante la noche en la habitación de la joven, la asesinaron, y un hombre que esperaba la noticia de estar ya verificada la ejecución, fue á llevar al bajá el precio de la sangre. Lo que alarmaba á todos aquellos griegos de San-Pedro no era la atrocidad de la acción, sino la codicia del bajá; porque este, que encontraba también que la acción era bastante sencilla en sí, y que se allanaba á recibir la suma señalada por un asesinato ordinario, observaba no obstante que la hermosura, la juventud, la instrucción y los viajes de la huérfana le daban á él, como bajá de Morea, justos derechos para una indemnización. En consecuencia había enviado su señoría aquel día mismo á dos genizaros para exigir una nueva contribución al pueblo.

«Cambiamos de caballos en San-Pedro, y tomamos el camino de la antigua Cinusia. A eso de las tres de la tarde nos gritó el guía que íbamos á ser atacados: y en efecto, descubrimos á algunos hombres armados en la montaña, los cuales, después de habernos observado mucho tiempo, nos dejaron pasar tranquilos. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla del río, cuya corriente nos condujo hasta el mar. Descubriase la ciudadela de Argos, Nauplia en frente de nosotros, y las montañas de la Corintia hacia la parte de Micénas.

«Desde el punto en que nos hallábamos, faltaban todavía tres días de marcha para llegar á Argos, y era menester ir costeando el golfo, y atravesar la laguna Lerna, que estaba entre la ciudad y el lugar en que nos hallábamos entonces; pero llegó la noche, el guía se equivocó de camino, nos perdimos entre unos arrozales que estaban inundados, y nos tuvimos por muy felices en poder esperar el día sobre un montón de estiércol de ovejas, que fue el sitio menos húmedo y sucio que pudimos encontrar.

«Yo tendría algún derecho para quejarme de Hércules, por no haber muerto bien la hidra de Lerna, pues cogí en aquel lugar mal sano unas calenturas de las que no me ví libre enteramente hasta que llegué á Egipto.

«Al amanecer me encontraba ya en Argos. El pueblo que reemplaza ahora á aquella célebre ciudad es mas limpio y frecuentado que la mayor parte de los otros lugares de la Morea. Su situación es muy hermosa, y se halla en lo fondo del golfo de Nauplia ó de Argos, á legua y media del mar. Tiene por una parte las montañas de Cinuria y de la Arcadia, y por otra parte las alturas de Trecena y de Epidaurio.

«Pero sea que mi imaginación se hallase afligida con el recuerdo de las desgracias y de los furiosos de los Pelópidas; sea que realmente estuviere yo penetrado de la verdad, las tierras me parecieron incultas y desiertas, y las montañas sombrías y desnudas; especie de naturaleza fecunda en grandes crímenes como en grandes virtudes. Visité allí los restos del palacio de Agamenon, los escombros del teatro y de un acueducto romano; subí á la ciudadela, y quería ver

hasta la menor piedra que había podido mover la mano del rey de los reyes.

«Quién puede alabarse de gozar de alguna gloria al lado de estas familias que han sido cantadas por Homero, por Esquilo, Sófocles, Eurípides y Racine? Y cuando uno vé cuán poco ha quedado de estas familias en aquellos parajes testigos de su grandeza y de su poder, es aun mayor el asombro.

«Dejé á la izquierda la selva de Nemea, y llegué á Corinto por una especie de llanura sembrada de montañas aisladas, y semejantes al Arco-Corinto, con el cual se confundían. Descubrimos esta montaña mucho tiempo antes de llegar á ella, como una mole irregular de granito rojo, y coronada su cima con una línea de paredes. La aldea de Corinto está al pié de esta ciudadela.

«Salimos de Corinto á las tres de la mañana. Hay dos caminos que van desde este pueblo á Megara: el uno atraviesa los montes Jeranios, por en medio del istmo, y el otro va costeando el mar Saronico, á lo largo de las rocas Esciroñias; hay que tomar el primero para pasar la gran guardia turca que está colocada en las fronteras de la Morea. Detúveme en el sitio más estrecho del istmo para contemplar los dos mares, el paraje en que se hacían los juegos, y echar en fin la última mirada al Peloponeso.

«Entramos luego en los montes Jeranios, plantados de abetos, laureles y mirtos, y perdiendo de vista y volviendo á encontrar sucesivamente el mar Saronico y Corinto, llegamos á la cumbre de los montes. Bajamos á donde estaba la gran guardia, enseñe mi firman del bajá de Morea, y el comandante me convidó á fumar una pipa, y á tomar café en su barraca.

«Tres horas después llegamos á Megara, en donde no pregunté por la escuela de los Euclides; mas hubiera preferido descubrir allí los huesos de Focion, ó alguna estatua de Praxíteles y de Escopas; y mientras estaba pensando en que Virgilio, visitando también la Grecia, fue detenido en este sitio por la enfermedad de la cual murió, me vinieron á rogar fuese á visitar á una enferma.

«Los griegos, así como los turcos, suponen que todos los francos tienen conocimiento de medicina, y secretos particulares. La sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, tiene algo de tierno y de interesante, y recuerda las antiguas costumbres: es propiamente una noble confianza del hombre para con el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Yo creo que la religión y la humanidad mandan al viajero en este caso que se preste á lo que esperan de él: un aspecto tranquilo y algunas palabras consoladoras pueden algunas veces dar la vida á un moribundo, y hacer nacer la alegría en toda una familia.

«Vino, pues, un griego á buscarme para que viesse á su hija, y siguiéndole á su vivienda, encontré en ella á una pobre criatura echada en el suelo sobre una estera, y sepuñada bajo unos harapos con los cuales la habían cubierto. Sacó ella su brazo con bastante repugnancia y pudor por debajo de aquellos comprobantes de la miseria, y lo dejó caer moribunda sobre lo que le servía de cubierta. Parecióme que estaba atacada de una fiebre pútrida, é hice descargar su cabeza de las piececitas de plata con que las aldeanas albanesas adornan sus cabellos, pues el peso de las trenzas y del metal concentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba conmigo alcanfor para la peste, y lo parti con la enferma; dijéronme que la habían alimentado con uvas, y yo aprobé el régimen. Por último rogamos á *Christos* y á la *Panagia* (la Virgen), y les prometí una pronta curación, cosa que estaba yo muy lejos de esperar: he visto morir á tantos, que he adquirido en esto una regular experiencia.

«Al salir de la casa, encontré reunida á la puerta toda la gente del pueblo, y las mujeres se echaron sobre mí gritando: ¡*crasi!* ¡*crasi!* ¡vino! ¡vino! de manera que, obligándome á beber, me querían aquellas gentes manifestar su agradecimiento. Esto hacía mi papel de médico bastante ridículo; pero ¿qué importa, si he añadido en Megara otra persona mas á las que puedan desearme algún bien en las diferentes partes del mundo por donde he pasado? Es un privilegio del viajero el dejar tras sí gratos recuerdos y vivir en el corazón de un extranjero, frecuentemente ¡ah! mucho mas tiempo que en la memoria de sus amigos.

«Pasamos la noche en Megara, y no partimos hasta el día siguiente cerca de las dos de la tarde. Serían ya como las cinco cuando llegamos á una llanura rodeada de montañas hacia el Norte, Poniente y Mediodía; y un brazo de mar largo y estrecho (el estrecho de Salamina) bañaba esta llanura por la parte de Levante, y formaba como la cuerda del arco de las montañas; á la otra parte de este brazo de mar

se encuentran las playas de una isla elevada (Salamina), cuyo extremo oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, y entre las dos puntas se separa un estrecho paso. Como se nos acababa ya el día, resolví detenerme en una aldea (Eléusis) que veíamos sobre una alta colina, la cual terminaba al Poniente cerca del mar el círculo de montañas de que he hablado.

«Distinguianse en la llanura los restos de un acueducto y muchas ruinas esparcidas en medio de una cosecha recién segada; apeámonos al pié del montecillo, y trepamos aquella altura hasta la cabaña mas vecina, en donde nos hospedaron.

«Partimos de Eléusis al amanecer, dimos vuelta al canal de Salamina, y entramos en el desfiladero que pasa por entre el monte Icaro y el monte Coridalo, y va á desembocar á la llanura de Atenas, en el pequeño monte Pecilo. De repente descubrí el Acropolis, presentando en un conjunto confuso los capiteles de las Propileas, las columnas del Partenon y del templo de Erecto, las troneras de una muralla llena de cañones, los restos góticos del siglo de los duques y las casuchas de los musulmanes. Veíanse al Norte de la ciudadela dos pequeñas colinas: la Anquesme y Licabeto, y entre las últimas; y al pié de la primera, se hallaba situada Atenas. Sus techos aplastados y mezclados de minaretes, palmeras, ruinas y columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas en forma de canastos, hacían un efecto agradable á los rayos del sol saliente. Mas si todavía se podía reconocer á Atenas por la vista de algunas ruinas, se veía también por el conjunto de la arquitectura, y por el carácter general de los monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

«Un recinto de montañas que terminan en el mar, forman la llanura ó taza de Atenas. Desde el punto en que yo estaba observando esta llanura hasta el pequeño monte Pecilo, parecía dividida en tres fajas ó regiones, que se extendían en dirección paralela de Norte á Sur. La primera de estas regiones y la mas cercana á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, en el cual acababan de recoger la cosecha; y la tercera era un largo bosque de olivos que venía á formar una curva desde las fuentes del Iliso; y siguiendo el pié de la Anquesme, hasta cerca del puerto de Falero. El Cefiso corre por esta selva, que por su ancianidad, parece descender del olivo que Minerva hizo brotar de la tierra; y el Iliso tiene la madre seca al otro lado de Atenas, entre el monte Himeto y la ciudad.

«La llanura no está perfectamente plana, pues una pequeña cordillera de colinas que salen del monte Himeto, desigulan el nivel, y forman aquellas diferentes alturas sobre las cuales fue colocando Atenas sus preciosos monumentos.

«No es por lo regular en el primer momento de una conmoción muy viva cuando uno goza mas de sus sentimientos. Yo me iba acercando á Atenas con una especie de turbación que me quitaba el poder reflexionar. En breve atravesamos las dos primeras regiones, la inculta y la cultivada, y entramos en el olivar. Bajé por un momento á la madre del Cefiso que entonces iba sin agua, por que en esta estación la detienen los labradores para regar los olivos; y saliendo luego del bosque, nos encontramos con un jardín rodeado de paredes, que con corta diferencia ocupa el mismo sitio en que estuvo el Cerámico. Tardamos todavía media hora en llegar á Atenas; atravesamos un trigal recién segado, y nos vimos á los piés de un muro moderno que circuye la ciudad; entramos en ella, y fuimos siguiendo por unas calles pequeñas, campestres, frescas y aseadas. Cada casa tiene su jardín plantado de naranjos é higueras; el pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenía aquel aire envilecido y yerto de los moraitas. Pregunté por la casa de Mr. Fauvel, y nos la enseñaron cerca del pórtico de Adriano, en las inmediaciones del Pecilo y de la calle de las Tripodes.»

LIBRO DECIMO SESTO.

La cuestión concerniente al Politeísmo, á la religión natural y al Cristianismo es la mas trascendental de cuantas se pueden someter al juicio de los hombres; ella sola daría materia para llenar muchos volúmenes; y yo no podía destinar á ella mas que algunas páginas.

La escena está fundada en dos hechos históricos:
1.º Es verdad que Diocleciano, deliberó durante todo

un invierno con su consejo, sobre la suerte de los cristianos.

2.º En el reinado de Honorio, se quiso sacar del Capitolio el altar de la Victoria y Simaco, pontífice de Júpiter, pronunció con este motivo un hermosísimo discurso, que se conserva en las obras de San Ambrosio. Este santo respondió á Simaco, y la respuesta del elocuente arzobispo de Milan ha llegado también hasta nosotros.

NOTA PRIMERA.—Pág. 82. Supongo que Roma agoviada por los años...

Esto está sacado del discurso del verdadero Simaco. No sé si alguno ha observado todavía que el famoso pasaje de Massillon, en su sermón del corto número de Elegidos, es imitado del bello movimiento oratorio del sacerdote de los falsos dioses. He aquí el caso de decir, como los Padres, que es lícito algunas veces sacar el oro de los egipcios.

ii.—Pág. 83. No nos negamos á admitirle en el Panteon...

Tiberio quiso poner á Jesucristo en la clase de los dioses; Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo lo reverenciaba con las imágenes de las almas santas.

iii.—Pág. 83. Galerio dejaba espedido curso á las blasfemias de su ministro...

Esto solo bastaría para establecer la verosimilitud poética, y volcar la crítica de los que dicen que Hierocles no podía hablar con tanta libertad en el senado romano. Pero el autor del folleto ha mostrado muy bien que yo no habia salido de los límites de la verdad histórica.

«En el reinado de Diocleciano, dice, apenas se encontraba en Roma mas que el pueblo que siguiese de buena fe el culto de los ídolos. Profesábanse públicamente sistemas filosóficos mas absurdos tal vez que el politeísmo, y se gozaba en este punto de la libertad mas absoluta, con tal que se tributase cierto homenaje exterior á los dioses del imperio. ¿Quién ignora que aun mucho tiempo antes de esta época, era muy de moda la filosofía atea de Epicuro y de Lucrecio? Y para dar un ejemplo mas decisivo, ¿quién no tiene presente el discurso que pronunció César en pleno senado, cuando la conjuración de Catilina, en el cual negando los dogmas mas importantes para el mantenimiento del orden social dice en propios términos que la muerte es el fin de todas las inquietudes, en lugar de ser un suplicio; y que mas allá de la tumba no hay ni penas ni placeres?»

iv.—Pág. 83. El delicioso jardín era la esteril Judea...

Así se burla Voltaire hablando de la Judea, y Eudoro responde á estas burlas. Yo no ignoro sin embargo que este hubiera podido replicar que la Judea era muy fértil; y sin mucho trabajo hubiera encontrado yo las pruebas reunidas de este hecho en el presbítero Fleury, y sobre todo en el doctor Shemd. Pero, á mi entender, una mera observación puede conciliar las autoridades que parecen contradecirse; porque si bien muchos autores antiguos hablan de la fecundidad de la Judea, Estrabon dice con todas letras que á nadie le venia el deseo de disputar á los Judios unos peñascos desiertos. Presenta también la Escritura pasajes tan contradictorios sobre este mismo asunto, que San Jerónimo ha creído que la fertilidad de la Judea debe entenderse bajo el sentido espiritual. La vista de los lugares resuelve en un instante toda la dificultad. La Judea propiamente dicha era ciertamente un país seco é ingrato, á escepcion de algunos valles, tales como los de Belen, de Engaddi y de Betania; pero el país de los hebreos era una tierra de abundancia. La Galilea al Norte, la Idumea y la llanura de Saron al Mediodía, y al Oriente las cercanías de Jericó, son países excelentes. Jerusalem estaba edificada sobre una roca, en las montañas, y en el centro de un país fértil que la alimentaba. Esta es la verdad. Pero ¿por qué los legisladores de los Judios colocaron la ciudad santa por orden de Dios en un sitio tan arido y quebrado? Eudoro da, humanamente hablando, la razón principal en lo que ha dicho.

v.—Pág. 84. Los cristianos se reúnen durante la noche...

Los antiguos apologistas hacen mención de estas calumnias. Bien se deja conocer que el misterio de la Eucaristía pudo haber hecho nacer la fábula de los banquetes de carne humana; pero no es fácil saber lo que dió lugar á la historia

del perro, de los insectos, etc. Fleury observa juiciosamente que, acostumbrados los paganos á las abominables escenas de las fiestas de Flora y Baco, supusieron naturalmente que los cristianos se entregaban en sus reuniones secretas á delitos semejantes.

vi.—Pág. 84. Por donde quiera se deslizan hacen nacer discordias...

Estas son las verdaderas armas de los sofistas que combaten á sus adversarios denunciándolos.

vii.—Pág. 85. A la manera que la peonza...

Esta comparación ha sido empleada por Virgilio y por Tibulo.

viii.—Pág. 86. Augusto, César...

Esta introducción es la de la Apología de San Justino el filósofo.

ix.—Pág. 86. El efecto de una religion...

Esto, que solo se ha considerado como una ocurrencia feliz, es exacto y justo en todas sus partes.

x.—Pág. 86. Somos de ayer...

Bella palabra de Tertuliano: *Sola retinimus templa.*

xi.—Pág. 86. Todo se reduce á saber...

Eudoro va derecho al fin que se propone, porque habla delante de un príncipe político, que á esto reduce toda la cuestión.

xii.—Pág. 86. La razón política del establecimiento...

Véase mas arriba la nota IV.

xiii.—Pág. 86. Publio, prefecto de Roma...

Esta palabra de Publio, dicha de paso, no es inútil, pues trae á la escena un personaje que se ha nombrado ya en el cuarto libro, y que va á hacer un papel importante.

xiv.—Pág. 86. Cuando una deslumbradora nevada...

Se ha comparado en la Iliada la elocuencia de Ulises á los copos de nieve; pero esta comparación mia es de otra especie, y está presentada bajo otras relaciones.

xv.—Pág. 87. Una dilatada serie de profecías, todas realizadas...

Estas son las pruebas que faltan aquí, y que yo habia presentado; pero he tenido que suprimirlas pues *non erat hic locus.*

xvi.—Pág. 87. Muchos emperadores romanos...

Véase la nota II de este libro. La carta de Plinio el Joven á Trajano en favor de los cristianos, es bastante conocida, y hace parte de las notas del *Genio del Cristianismo.*

xvii.—Pág. 87. Pero antes venid á recoger de nuestros hospitales...

Los cristianos tenían ya hospitales, y el dinero de las agapes servía para socorrer á los pobres. La Iglesia tomaba á los pobres bajo su protección, de lo que es testigo la historia de San Lorenzo que yo atribuyo á Marcelino Galerio, en este mismo momento, hacia ahogar á los pobres para deshacerse de ellos. Mas adelante volveremos á hablar de esto.

xviii.—Pág. 87. ¿Green tal vez que estos han caído en esos lugares infames...

Ponían á los niños espósitos en lugares de prostitución. Véase la Apología de San Justino.

xix.—Pág. 87. Príncipes, seame permitido...

He aquí precisamente donde Hierocles esperaba á Eudoro. El sabía que un cristiano estaba obligado á guardar secreto sobre estos misterios, y que en consecuencia se presentaba este raciocinio al espíritu. «Vuestros misterios son cosas

abominables; lo negais, pero no quereis explicar estos misterios: luego vuestros misterios son crímenes.» Eudoro se ha visto obligado á defenderse con argumentos *á posteriori*, lo que da mas pié á su adversario. El segundo ataque, y al que Eudoro no podia menos de sucumbir, era el que versaba sobre no sacrificar al emperador. Por lo tanto no lo olvidó Hierocles seguro de que Eudoro se negaría abiertamente á este sacrificio. En efecto, aquí hincaba el punto, y lo que servía de pretexto para degollar á los cristianos.

xx.—Pág. 87. Ese Dios, lo presiento, podría salvarme por sí solo...

Especie de profecía que pone á la vista uno de los rasgos mas grandiosos de la Historia Eclesiástica; esto es á San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma.

xxi.—Pág. 87. No han proferido la queja mas ligera...

Esta razón no tiene réplica, y los apologistas la han empleado.

xxii.—Pág. 87. Aunque tengo en la actualidad alguna razón para amar la vida.

Única palabra con la cual he recordado en este libro la acción fundada sobre el amor de Eudoro y Cimodocea.

xxiii.—Pág. 87. Dios se valía de la elocuencia cristiana.

Eudoro y los ángeles de luz no pueden llegar á impedir la persecución de los cristianos; pero van sembrando el germen de la fe en el senado romano, y preparan de este modo el triunfo venidero de la religion: por lo tanto sus esfuerzos no son inútiles.

xxiv.—Pág. 88. Hierocles recobrando su audacia...

Véase la nota XIX.

xxv.—Pág. 88. De repente el escudo de Rómulo se desprende.

*Celsam subeuntibus arcem.
In gradibus summi delapsus colmine templi,
Arcadus Evippi spoliū, cadit aeneus orbis.*

STAT.

xxvi.—Pág. 88. Si la sibila de Cumes...

Esto es histórico. Despues de la deliberación de su consejo, quiso además Diocleciano tener el parecer de los dioses. Hizo, pues, consultar al oráculo, y la respuesta fue con corta diferencia tal cual se verá en el libro siguiente.

LIBRO DECIMO SEPTIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 88. ¡Oh tierra!... donde reinan un soplo divino y unos genios amigos de los hombres...

PLATON in *Republ.*

ii.—Pág. 88. Sunio...

Al salir de Atenas, me dirigí á un pueblecito llamado Keratria, situado al pié del monte Laurio, donde los atenienses tenían sus minas de plata. Encendimos algunos fuegos sobre esta montaña para llamar á un barquichuelo de la isla de Zea, nombrada en otro tiempo Ceos, patria de Simonides; pero fue en vano, pues la calentura que cogí en la laguna de Lerna, tomó mas fuerza, y pasé ocho dias en el lugar de Keratria, sin saber si podría ir mas adelante. Habíame dado Mr. Fauvel por conductor á un griego, quien al verme detenido de este modo se volvió á Atenas, fletó una barca en el Pireo, y me vino á buscar á una ensenada de la costa, á tres leguas de Keratria. Llegamos al ponerse el sol al cabo Sunio, mandé que me desembarcasen, y pasé la noche sentado al pié de las columnas del templo. El espectáculo era tal cual yo le pinto aquí: el cielo mas hermoso, la mar mas bella, un ambiente aromático, las islas del Archipiélago á la vista, ruinas encantadoras alrededor de mí, el recuerdo de Platon, etc., son cosas que no encuentra el viajero sino en Grecia.

iii.—Pág. 88. A desembarcar con París... Véase la *Iliada.*

iv.—Pág. 88. La víspera de las fiestas de Venus...

Consúltese lo que he dicho en el Exámen con respecto á este himno, y á la equivocación de los críticos sobre la naturaleza de mis imitaciones. Esto no es en manera alguna el *Pervigilium Veneris* que se atribuye á Cátulo.

v.—Pág. 88. Ame mañana...

*Cras amet qui nuncuám amavit; quique amavit,
cras amet.*

PERVIGIL.

vi.—Pág. 88. Alma del universo...

*Hominum divunque voluptas,
Alma Venus.
Te, Dea, te fugiunt venti, te nubila caeli.
Adventumque tuum....*

Tibi ridet apuora ponti.

LUCRET.

vii.—Pág. 88. Venus coloca en el cuello de la doncella...

*Ipsa jussit manere et udae
Virgines nubant rose,
Fusa aprugno de cruore,
Atque amoris oculis.*

*Totus est armatus idem
Quando nudus est Amor.*

PERVIGIL.

viii.—Pág. 88. El hijo de Citeres nació en los campos, etc.

*Ipsae Amor puer Diones
Rure natus dicitur.*

*Ipsae florum delicatis
Educauit oculis.*

PERVIGIL.

*Omnis natura animantium
Te sequitur cupide, cuocumque inducere pergis, etc.*

LUCRET.

*Avia tum resonant avidus virgulata canoris,
Et venerem certis repetunt armenta diebus, etc.*

Virg., *Georg.*

ix.—Pág. 88. ¡Isla venturosa...

Esta estrofa entera es mia; yo he inventado la ficción de las Gracias que quitan el huso á las Parcas lo que no se ha reparado: ¡tan enterados estamos en el día de la antigüedad!

x.—Pág. 89. Se reúnen á un grupo de peregrinos...

Aquí no hay anacronismo. Las peregrinaciones á Jerusalem suben hasta los primeros siglos de la Iglesia. San Jerónimo, que nos ha dejado, segun Eusebio, la descripción de los Santos Lugares, dice que en su tiempo acudían á Jerusalem peregrinos de todas las partes del mundo. Otra circunstancia feliz es el haber podido y debido pintar en los Mártires, á Jerusalem arruinada, tal como yo lo he visto. En la época de la persecución de Diocleciano, hasta el nombre de Jerusalem estaba tan enteramente olvidado, como que un mártir, habiendo respondido á un gobernador romano que era de Jerusalem, creyó este que el mártir hablaba de alguna ciudad faciosa edificada secretamente por los cristianos. Jerusalem se llamaba en aquel tiempo Elia, del nombre de Aurelio, que habia restablecido algunas casas sobre las inmensas ruinas amontonadas por Tito. En fin, no hay contradicción cuando yo represento hermosos edificios construidos por orden de Elena en medio de los escombros: por una parte el desierto y el silencio, y por otra la población y el ruido. Segun la historia, la piadosa madre de Constantino hizo edificar estos monumentos de Jerusalem, porque se llenó de dolor al ver el abandono y la pobreza de los Santos Lugares. Aun se ven en el día en Jerusalem iglesias muy ricas, mucha afluencia de gente en ciertas épocas del año;

pero en cuanto á lo demás y en todos tiempos, solo se ve la desolacion y la muerte. Como Cimodocea sigue exacta y muy detenidamente mi itinerario, nada tengo casi que añadir á lo que dice el testo, y no haria mas que repetirme.

xi.—Pág. 89. El guia esclama ¡Jerusalén!

Hay que ver cómo han hablado los cronistas contemporáneos de la llegada de los cruzados á Jerusalem:

«O bone Jesu, ut castra tua viderunt, hujus terranae Jerusalem muros, quintos exitus aquaron oculi eorum deduxerunt! Et mox terra procumbentia sonitu oris et nutu inclinatis corporis sanctum sepulchrum tuum salutaverunt; et te qui in eo jacuisti, ut sedentem in dextera Patris; ut venturum judicem omnium, adoraverunt.» (Bov., *Manach.*, lib. IX.)

«Ubi vero ad locum ventum est, unde ipsam turritam Jerusalem posseat admiraris, quis quam multas ediderint lacrymas digne recensant! Quis affectus illos convenienter exprimat? Exorquebat gaudium suspiria, et singultus generabat immensa letitia. Omnes, visa Jerusalem, substinerunt, et adoraverunt; et flexo poplite, terram sanctam osculati sunt: omnes nudis pedibus ambularunt, nisi metus hostiles eos armatos indicere debere præciperet. Ibant, et flebant; et qui orandi gratia convenerant, pugnaturi prius propriis arma deferrebant. Fleverunt igitur super illam, super quam et Christus illorum fleverat: et murum in modum, super quam flebant, feria tertia, octavo idus junii, obsederunt. Obsederunt, inquam, non tanquam novercam privigni, sed quasi matrem filii.» (BALDWIN, *Histor. Jerosol.* lib. VI.)

El Taso ha imitado este paso lo mismo que yo:

Ecco apparir Gerusalem si vede;
Ecco additar Gerusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gerusalemme salutar si sente, etc., etc.

Las estrofas que siguen son peregrinas:

Al gran piacer che quella prima vista
Dolcemente spiró nell'altrui petto,
Alta contrizion successe, etc.

Siento no obstante que haya omitido el *non tanquam novercam privigni, sed quasi matrem filii*. Yo, que solo he pintado una pacífica caravana, no he podido reproducir tan hermoso pasaje.

xii.—Pág. 89. Entre el valle del Jordan...

Algunos lectores se acordarán tal vez de haber visto una parte de esta descripción en un artículo del *Mercurio* de Francia. (Agosto 1807.)

xiii.—Pág. 90. El bosque consagrado á Venus...

Eusebio dice, en la Vida de Constantino, que era un templo, y que fue demolido por orden de este príncipe.

xiv.—Pág. 90. La verdadera cruz había sido hallada.

Santa Elena, como se sabe, encontró la verdadera Cruz al pié del Calvario; en cuyo sitio se ha construido una especie de iglesia subterránea, que se junta con la iglesia del Santo Sepulcro y con la del Calvario.

xv.—Pág. 90. Elena había hecho encerrar el sepulcro de Jesucristo en un basílica circular de mármol y pórfido.

Esta es la exacta descripción de la iglesia del Santo Sepulcro, tal como existía cuando yo la vi. Eusebio nos ha dejado largos pormenores de la iglesia que Constantino, á mas bien su madre, hizo edificar sobre el Santo Sepulcro, pero he preferido pintar lo que he examinado por mis propios ojos. Al mismo tiempo no puedo menos de observar que yo no he venido á ser profeta, al contar el incendio de la iglesia del Santo Sepulcro en *los Mártires*. Los papeles públicos nos han noticiado que esta iglesia ha sido enteramente destruida por un accidente semejante, á escepcion del sepulcro de Jesucristo. Muchas personas me han hecho la honra de escribirme para preguntarme lo que pensaba de este mi-

lagro; todo lo que puedo decir es que la descripción de la iglesia es exactamente la misma que han traído los diarios. El Santo Sepulcro, rodeado de un catafalco de mármol blanco, ha podido en rigor resistir á la acción del fuego; pero es sin embargo muy extraordinario que no haya sido arruinado al desplomarse la cúpula abrasada, y que al mismo tiempo haya sido presa de las llamas la capilla de los armenios que estaba contigua al catafalco. Si una desgracia semejante hubiese sucedido un siglo atrás, toda la cristiandad se hubiera reunido para hacer reedificar la iglesia; pero en el día me temo mucho que el sepulcro de Jesucristo no quede espuesto á las injurias del aire, á menos que los pobres esclavos cismáticos, los griegos, coptos y armenios, con mengua de las naciones católicas, no se reunan para reparar á sus espensas semejante desgracia.

xvi.—Pág. 90. Véase en ellos la ciudad santa, etc....

Es la *Jerusalén libertada*, grabada en las puertas de la iglesia del Santo Sepulcro. He presentado en este trozo el recuerdo de la patria y he procurado traducir los famosos versos:

Chiama gli abitator dell' ombre eterne
Il rauco suon della Tartarea tromba, etc.

xvii.—Pág. 90. Vestida con una túnica de biso....

En la Escritura se hace muchas veces mención del viso, como una estofa ligera de color amarillo. Las granadas de oro, las cintas de cinco colores, las medias lunas, etc., son adornos de que hablan los profetas. Yo no podía menos de pintar la Semana Santa en Jerusalem, por el contraste que forman la severidad y la grandeza de esta fiesta cristiana con la disolución de las fiestas de Amante: hay mucha diferencia en efecto del camello del árabe, de los recuerdos de Raquel y de Jacob, de las lamentaciones de Jeremías, las ceremonias de los druidas á los cantares de Teutates, á las tragedias de Sófocles en Atenas y á las danzas de la isla de Chipre. Pero tal es, sino me engaño, la ventaja de mi asunto, que uno puede hacer pasar por los ojos del lector el espectáculo escogido de lo mas curioso, mas grande y agradable que se encuentra en la antigüedad.

xviii.—Pág. 90. La ciudad llena en otro tiempo....

«Quomodo sedet sola civitas plena populo... Quomodo obscuratum es aurum mutatus est color optimus. Dispersi sunt lapides santuarii... Facta est quasi vidua Domina gentium... Via Sion lugent... Omnes portas ejus destructae. Sacerdotes ejus gementes: virgines ejus squalidae.» (JEREM., *Lamet.*) Seguramente, este cántico de Jeremías no tiene que temer ninguna comparación con los trozos mas bellos de Homero y de Virgilio.

xix.—Pág. 90. Y tus enemigos plantaron sus tiendas...

Este es el único rasgo que no es de Jeremías: es una observación que hace Baronio, y yo me he aprovechado de ella. Observa este autor que Tito estableció una parte de su campo sobre el monte de los Olivos, en el mismo paraje en que Jesucristo lloró por la ciudad culpable y profetizó su ruina; y yo añado que el primer ataque serio de los romanos tuvo lugar en esta parte.

xx.—Pág. 90. En un tono patético transmitido á los cristianos... por... hebreos....

Ya tengo dicho, en el *Genio del Cristianismo*, que el canto de las Lamentaciones de Jeremías me parece de origen hebreo.

xxi.—Pág. 90. La Via dolorosa.

Yo he recorrido por tres veces la *Via Dolorosa* para conservar escrupulosamente su memoria. No hay ni un solo rincón en Jerusalem que yo no conozca tan bien como las calles de París; por lo tanto respondo de la verdad de todo este cuadro.

xxii.—Pág. 90. Salen por la puerta de Belen...

Todas las mañanas, cuando yo salía del convento de San Salvador, hacia el mismo camino que he descrito en esta

página. Siempre he dado yo la vuelta entera de Jerusalem á pie, en cinco cuartos de hora, pasando por debajo del templo, y volviendo por la gruta de Jeremías. Cerca de esta gruta se encuentra el hermoso sepulcro de una reina nombrada Elena, del que hablan Pausanias y casi todos los viajeros que han ido á visitar los Santos Lugares. En cuanto al torrente de Cedron, lleva comúnmente por Pascua una agua roja, á causa de las arenas de la montaña de los Olivos y del monte Moria. Cuando yo vi aquel torrente estaba seco. Encuéntrase todavía unos nueve ó diez olivos corpulentos en el jardín de este nombre, que pertenece al convento de San Salvador. Ya es sabido que el olivo es casi inmortal, porque siempre renace de su cepa; en consecuencia se puede creer muy bien como lo afirman en Jerusalem, que estos olivos son del tiempo de Jesucristo.

xxiii.—Pág. 90. Mas allá el Hombre-Dios dijo á las mujeres, etc.

La tradición ha conservado en Jerusalem, muchas circunstancias de la Pasión que no se hallan en el Evangelio. Enseñase allí, por ejemplo, el lugar donde Maria encontró á Jesus con la cruz á cuestas; echada de allí por los guardias, tomó otro camino, y se halló mas adelantada al paso del Salvador. La fe no se opone á estas tradiciones, que muestran hasta qué punto se ha grabado esta maravillosa y sublime historia en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos trascurridos ya, persecuciones sin fin, revoluciones eternas, montones de ruinas y de escombros, no han podido borrar ó ocultar las huellas de esta divina Madre que lloraba por su hijo.

xxiv.—Pág. 90. ¡Oh hijos! ¡oh hijas de Sion!

He aquí otro sencillo cántico de la Iglesia, que se trae á la memoria en medio de las bellezas de los poetas mas célebres. ¿Forman por ventura tan grande disonancia? No es tambien sencillo, noble y poético?

xxv.—Pág. 90. Adelantábase ya hacia Jerusalem...

Yo he advertido en otra parte que la acción daba un paso mas en cada libro. No se pueden, pues, tomar á mal estas descripciones, puesto que nunca interrumpen la narración.

xxvi.—Pág. 90. Descubre el lago Averno, etc.

Ya volvemos otra vez á Virgilio; y despues de haber oido al profeta del verdadero Dios, vamos á ver á la profetisa del demonio.

xxvii.—Pág. 91. Los remordimientos sobre un lecho de hierro, etc.

Vestibulum ante ipsum, primisque in faucibus Orci,
Luctus et ultrices posuere cubilia Curae;
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Metus, et malesuada Fames, et turpis Egestas,
Terrilicis visu forme; Lethumque, Laborque;
Tum consanguineus Lethi Sopor, et mala mentis
Gaudia, mortiferumque adverso in limine Bellum,
Ferreique Eumenidum thalami, et Discordia demens,
Viperum crinem vittis inexas cruentis.

VIRG., *ÆN.*, VI, v. 275.

He tomado de Malherbe la áspera y sencilla traducción de este último verso:

La discorde aux crin de couleuvres.

xxviii.—Pág. 91. Consagro sus alas.

Redditus his primum terris, tibi, Pœbe, sacra vit
Remigium alarum.

ÆN., VI, v. 18.

xix.—Pág. 91. Cuatro toros...

Quattor primum nigrantes terga juvenos
Constituit....
Voce vocans Hecaten, coeloque Ereboque potentem
....Ipse atri velleris agnam.
Æneas matri Eumenidum, magnoque sorori

Ense ferit....

Tum Stygio regi nocturnas inchoata aras.
ÆN., VI, v. 245 et seq.

xxx.—Pág. 91. ¡Es tiempo...

Tempus, ait: Deus, ecce Deus.
Poscere fata
ÆN., VI, v. 45.

xxxi.—Pág. 91. Las facciones de la Sibila se demudan...

....Cui talia fanti
Ante fores, subito non vultus, non color unus,
Non compta mansere comæ; sed pectus anhelum,
Et rabie fera corda tument, majorque videri,
Nec mortale sonans.
ÆN., VI, v. 46.

xxxii.—Pág. 92. La sacerdotisa se levanta tres veces con violencia.

He cambiado la escena de Virgilio; pues aquí es una sibila muda, en vez de una sibila que declara el oráculo.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 92. Diocleciano acaba de privarse...

Este proyecto de Hiérocles, llevado adelante desde el principio de la obra, para favorecer la ambición de Galerio se ha ido siguiendo y trayendo constantemente á la memoria: ya está ejecutado, y se van á ver ahora sus consecuencias.

ii.—Pág. 91. Representale que es tiempo.

Este es en efecto el motivo aparente que empleó Galerio para inducir á Diocleciano á que abdicase. Yo supongo aquí que fue Hiérocles quien inspiró á Galerio esta idea.

iii.—Pág. 92. Publio que rival del favor del apóstata, etc.

Publio empieza á presentarse mas á menudo en la escena: no tardará en hacer un papel importante para el castigo de Hiérocles.

iv.—Pág. 92. Le fue anunciado súbitamente Galerio.

Yo no he seguido fielmente la historia en cuanto al avistamiento de Galerio con Diocleciano. Este se muestra, en esta famosa discusión, pusilánime; llora, no quiere abdicar, suplica y cede por miedo. En este caso, Diocleciano cesa de tener el carácter propio de la epopeya, porque se envilece á los ojos del lector. Así, en lugar de sujetarme escrupulosamente á la verdad, he hecho que obedeciese Diocleciano á la voluntad del cielo, y á una voz fatal que le habla en su conciencia. Esta idea es mas conforme, me parece, á la naturaleza de mi obra; pero confieso que me ha costado bastante repugnancia el pintar al perseguidor de los cristianos mas ilustre de lo que le representa la historia.

v.—Pág. 92. ¡Siempre César!

Hizo Galerio esta exclamación, segun refiere la historia cuando recibió una carta de Diocleciano, con el sobre *Cæsari*.

vi.—Pág. 92. Los cristianos han tenido la insolencia de rasgarle...

Efectivamente, un cristiano arrancó el edicto de persecucion que habian fijado en Nicomedia, por cuya acción sufrió el martirio. Todos los obispos alabaron su valor, pero censuraron la indiscrecion de su celo.

vii.—Pág. 93. Restableceré los Frumentarios.

Especie de delatores ó espías públicos que Diocleciano había suprimido.

viii.—Pág. 93. De esa suerte harás reir no poco al pueblo romano...

Diciéndole á Diocleciano que Carino había dado hermosas fiestas al pueblo, dió la respuesta que aquí se lee.

ix.—Pág. 93. Hijo ingrato, no bajarás á la tumba sin ser víctima...

Maximino Daya y Magencio, el uno sobrino, y yerno el otro de Galerio, se rebelaron contra él.

x.—Pág. 93. El edicto publicado...

Este edicto era cual se refiere en el testo. (Véase á LACTANCIO y EUSEBIO.)

xi.—Pág. 93. Lorenzo de la iglesia romana.

Ya se ha hablado de San Lorenzo. San Vicente era de Zaragoza. Despues de haber sufrido este santo muchos tormentos, lo encerraron en un calabozo, donde los ángeles venían á conversar con él y á curarle sus heridas. En seguida fue decapitado. Eulalia, virgen y mártir, era de Mérida en Portugal: cuando exhaló su último suspiro, se vió salir de su boca una paloma blanca. Pelagia de Antioquia era hermosísima, como asimismo su madre y sus hermanas. Detenidas por unos soldados, y temiendo que no atentasen contra su pudor, se apartaron un poco, con algun pretexto, y se arrojaron al Oronte, en donde se ahogaron temiéndose todas tres abrazadas. Se atribuye este martirio voluntario á una inspiracion particular del Espíritu Santo. Ya se ha hecho mencion de Felicidad y Perpétua en el libro del *Cielo*, y volverán á aparecer al fin de la obra. En cuanto á Teodora y á las siete Virgenes de Ancira, la tragedia de Corneille las ha dado á conocer á los que no leen la vida de nuestros santos. La peregrina historia de los dos jóvenes esposos que se encontraron en la misma tumba es posterior á la época de mi accion; pero me ha parecido que podia permitirme el recordarla. Se la encuentra en Sidonio Apolinario.

xii.—Pág. 93. Los sacerdotes encerraban el Viático, etc.

Todavía se ven algunas de estas cajas en el Museo Clementin, en Roma, con los instrumentos que servían para atormentar á los mártires tales como los pesos para colgar de los pies, los garfios ó uñas de hierro, los martinetes, etc.

xiii.—Pág. 93. Nombrábanse los diáconos...

Estas preparaciones para la persecucion están conformes con la verdad histórica. La caridad de la Iglesia ha superabundado siempre en donde superabundan los males; la gracia de Jesucristo arrostra todos los dolores humanos.

xiv.—Pág. 93. Habitaba lejos etc...

Hay pocos lugares célebres en la Grecia y en Italia de que no se hable en los *Mártires*. Véase, por lo que respecta á Tivoli, mi carta á Mr. de Fontanes, ya citada en estas notas.

xv.—Pág. 94. Tú no serás llamado á la participacion...

Eudoro se había informado mejor, y supo sin duda la resolucion de Diocleciano por conductos seguros: todo el palacio del emperador estaba lleno de cristianos, Valeria y Prisca, hija y mujer de Diocleciano, eran tambien cristianas.

xvi.—Pág. 94. Mandarás mutilar en cada parada que... todos los caballos...

Cuando Constantino se escapó de la corte de Galerio, hizo desjarretar los caballos que iba dejando atrás, para no ser perseguido.

xvii.—Pág. 94. Así se ve en los desiertos de la Arabia...

He cotejado aquí la descripcion del caballo árabe que se ha visto en mi Itinerario. El último rasgo—Echa espuma por la boca, etc.—Es del pasaje de Job sobre el caballo.

xviii.—Pág. 94. Los sepuleros de Sintorosa...

Ya es sabido que Horacio vivió y aun tal vez murió en Tivoli; pero pocas personas tienen noticia de que este alegre Tivoli fuese inmortalizado por las cenizas de una mártir cristiana. Sinforosa de Tivoli tenía siete hijos, y habiéndose negado estos con su madre, en el reinado de Adriano, á sacrificar á los falsos dioses, sufrieron estos nuevos Macabeos el martirio, y fueron enterrados á las orillas del Anio, cerca del templo de Hércules.

xix.—Pág. 94. Allí se estendia aquel bosque de Albunea...

El aparato de esta escena concuerda con la historia; pero la escena pasa en Nicomedia.

xx.—Pág. 95. Obliga á este nuevo David...

Obligado David á retirarse al acercarse Saúl, se ocultó en el desierto de Zeila. *Escritura*.

xxi.—Pág. 95. Constantino desaparece.

El orden de los tiempos no está bien seguido; pues Constantino no se fué de la corte de Galerio hasta mucho tiempo despues de la abdicacion de Diocleciano.

xxii.—Pág. 95. Dragones semejantes...

Si se ha de dar crédito á lo que refieren Plutarco y Lucano, parece que Caton de Utica encontró en las orillas de Bragada, en Africa, una serpiente tan monstruosa, que tuvieron que emplear máquinas de guerra para matarla.

xxiii.—Pág. 95. Mónstruos desconocidos...

Los antiguos decían que el Africa producía cada año un mónstruo nuevo.

xxiv.—Pág. 95. La persecucion se estiende en un momento...

Todo lo que sigue en el testo es un compendio exacto y fiel de los pasajes que voy á citar. La verdad es aquí muy superior á la ficcion. Me serviré de las traducciones conocidas, para que todos los lectores puedan ver que yo no he inventado ni una sola palabra.

Estracto de Eusebio.—«Un gran número (de cristianos) fueron condenados á morir, unos por el fuego y otros por el hierro. Dicen que apenas se pronunció este decreto se vió á una cantidad increíble de hombres y mujeres echarse en la hoguera con una alegría y prontitud sin igual. Hubo tambien una multitud casi innumerable de cristianos que fueron atados en las barcas y echados al fondo del mar... Las prisiones que no servían en otro tiempo mas que para encerrar á los asesinos, ó á los que habían violado la santidad de las tumbas, se llenaron de una multitud prodigiosa de personas inocentes, obispos, sacerdotes, diáconos, lectores, exorcistas; de un modo que ya no había lugar para poner á los acusados.... ¿Cabe contemplar sin pavor la constancia invencible con que aquellos generosos defensores de la Religion Cristiana sufrían los latigazos, la rabia de las fieras acostumbradas á chupar la sangre humana, la impetuosidad de los leopardos, de los osos, de los jabalíes y de los toros, que los paganos irritaban contra ellos con hierros ardientes?... Una cantidad casi innumerable de hombres, mujeres y niños despreciaron esta vida mortal por la defensa

de la doctrina del Salvador. Unos fueron quemados vivos, y otros echados al mar, despues de haber sido despedazados con garfios de hierro, y sufrido toda clase de suplicios. Otros presentaron gustosos su cabeza á los verdugos para que se le cortasen: algunos murieron en medio de los tormentos, otros fueron consumidos por el hambre, y otros atados á una cruz, ya en la postura en que se ata comunmente á los criminales, ya en la cabeza abajo y traspasados con clavos, y de este modo quedaban hasta que se morían de hambre.... Los historiadores no tienen palabras para espresar la violencia de los dolores y la crueldad de los suplicios que los mártires sufrieron en la Tebaida. Algunos fueron muertos desgarrándoles todo el cuerpo con tientos de vasijas rotas en lugar de uñas de hierro. Ataban á las mujeres por un pié, las levantaban luego en el aire con algunas máquinas, con la cabeza abajo, y las esponían de esta manera al público con tanta inhumanidad como indecencia. A los hombres los ligaban por las piernas á las ramas de dos árboles que habían doblado por medio de máquinas, y quedaban descuartizados cuando soltando estas ramas, cobraban su situacion natural. Ejecutáronse estas violencias por espacio de muchos años, durante los cuales hacían morir diariamente con diversos suplicios, ya diez personas, hombres mujeres ó niños, ya veinte, ya treinta, ya sesenta, y algunas veces hasta ciento. Hallándome allí, presencié la ejecucion de un gran número en un mismo dia; á unos les cortaron la cabeza, y á otros los quemaron vivos. La punta de las espadas estaba ya embotada á fuerza de matar, y los verdugos, cansados de atormentar á los mártires, se iban relevando entre sí. He sido testigo del generoso ardor y de la noble impaciencia de aquellos fieles.... No hay espresiones que sean capaces de pintar la generosidad y la constancia que manifestaron en medio de los suplicios. Como no había nadie que no estuviese autorizado para ultrajarlos; unos les daban de palos, ó les sacudían con varas, con látigos, correas ó cuerdas, escogiendo cada cual, á medida de su rabia, un instrumento particular para atormentarlos. A algunos los ataban á columnas, con las manos ligadas á la espalda, y les estiraban luego los miembros con máquinas destinadas al efecto; no contentos con este suplicio, los despedazaban despues con garfios, no solo por los costados como se acostumbraba hacer con los que cometían un asesinato, sino tambien por el vientre, por los muslos y por la cara. A otros los dejaban colgados de una mano, en lo alto de una galería, de modo que la violencia con que estaban tirantes sus nervios, era mas sensible que cualquiera otro género de suplicio. Algunas veces los ataban á columnas en frente unos de otros, sin que tocasen con los pies al suelo; de modo que con el peso del cuerpo se apretaban escesivamente los lazos con que estaban sujetos y los tenían en esta postura violenta, no solo mientras que el juez les hablaba ó interrogaba, sino tambien casi durante todo el dia.

...A unos los cortaban los miembros á hachazos, como en la Arabia; á otros los muslos como en Capadocia; á otros los colgaban por los pies, y los quemaban á fuego lento, como en la Mesopotamia, y otros allí mismo les cortaban la nariz, las orejas, las manos y las demás partes del cuerpo.» (Véase á Eusebio, cap. VI, VII, VIII, IX, X, y XI, lib. VIII.)

Estracto de Lactancio, de la muerte de los perseguidores.—«¿Hablaré de los juegos y diversiones de Galerio? Este se hacia traer de todas partes osos de una talla prodigiosa y tan feroces como él. Cuando quería divertirse, pedía algunos de aquellos animales, y cada uno de los cuales tenía su nombre y les echaba hombres que eran mas bien tragados que devorados al instante; y se reía al ver despedazar los miembros de aquellos desgraciados. Su mesa estaba siempre cubierta de sangre humana. El fuego era el suplicio de aquellos que no estaban constituidos en dignidad. No solamente había condenado á los cristianos á este suplicio, sino que había mandado fuesen quemados lentamente. Cuando estos infelices estaban atados al poste, les ponían un fuego moderado bajo la planta de los pies, y se conservaba así hasta que la carne se desprendía de los huesos. Aplicaban en seguida teas ardiendo sobre todas las partes de sus cuerpos, para que no hubiese ninguna que no sufriese su tormento particular. Mientras duraba este horroroso suplicio, les echaban agua por la cara, y se la hacían beber, para que el ardor de la fiebre no acelerase su muerte, que sin embargo no podía diferirse por mucho tiempo; pues cuando el fuego había consumido toda la carne, penetraba hasta el interior de las entrañas, y entonces los echaban en un gran brasero para acabar de quemar todo lo que aun quedaba. Por último, reducían á polvo sus huesos y los arrojaban al río ó al mar.

«Pero el censo que se exigió en las provincias y ciudades causó una desolacion general (1). Diseminados los empleados del gobierno por todas partes, hacían las pesquisas mas rigurosas; era la imagen horrorosa de la guerra y del cautiverio. Mediante las tierras, se contaban las cepas y los árboles, se sentaban en un registro los animales de toda especie, se tomaban los nombres de cada individuo, sin hacer distincion de propietarios y colonos. Cada uno concurría con sus hijos y esclavos; se oía resonar el látigo, obligaban á los hijos, por medio de dolorosos suplicios, á que depusiesen contra sus padres, á los esclavos contra sus amos, y á las mujeres contra sus maridos. A falta de pruebas, aplicaban al tormento á los padres, á los maridos y á los amos, para obligarles á que depusiesen contra sí mismos; y cuando el dolor les había arrancado alguna confesion, se reputaba esta confesion por verdadera. Ni la edad, ni los achaques podían servir de disculpa para dejar de asistir; pues se hacían traer á los enfermos y achacosos. A todos se les fijaba la edad, dando años á los niños, y quitándolos á los ancianos; no había por todas partes mas que suspiros y lágrimas. El yugo que el derecho de la guerra había impuesto á los pueblos vencidos por los romanos, quiso imponerle tambien Galerio á los romanos mismos; tal vez lo hizo porque Trajano castigó con la imposicion del censo las frecuentes revoluciones de los dacios, de quienes descendía Galerio. Pagaban además un tanto señalado por cabeza, y hasta compraban por dinero la libertad de respirar: no fiándose siempre de los mismos comisarios, enviaban otros para reemplazar á aquellos, esperando por este medio hacer nuevos descubrimientos; pero ya los hiciesen ó no, siempre doblaban estos agentes las cuotas, para patentizar que habían tenido razon en emplearlos. Entretanto los animales perecían; los hombres se morían; pero el fisco no perdía en esto cosa alguna, pues hacían pagar á los vivos por los que ya no existían: de modo que no se podía ni vivir ni morir gratuitamente. Los mendigos eran los solos á quienes la desgracia de su condicion ponía al abrigo de estas violencias; pero este mónstruo, aparentando compasion para con ellos, y querer remediar su miseria, los hacía embarcar, con orden de echarlos al agua cuando estuviesen en alta mar. Tal fue el expediente que imaginó para desterrar la pobreza de su imperio; y para que, so color de pobreza, no se eximiese nadie del censo, tuvo la barbarie de hacer perecer á una infinidad de miserables.

xxv. Pág. 97. El discípulo de los sabios publicó generosamente...

Véase en el prólogo, el artículo de Hierocles.

xxvi.—Pág. 97. Emplearé, se decía...

Yo no me he complacido en inventar crímenes nunca vistos, para aplicarlos á Hierocles. Lo siento mucho por la especie humana; pero Hierocles no dice ni hace nada que no haya sido dicho y hecho, aun en nuestros dias. Por lo demás, este medio horroroso que quiere emplear Hierocles, le hace retardar el suplicio de Eudoro: sin esto no parecia natural que el hijo de Lasténes hubiese permanecido tanto tiempo en las prisiones antes de ser juzgado.

xxvii.—Pág. 97. Este impío que renegaba del Eterno...

Esto es muy humillante para el orgullo humano; pero es una verdad de la que hay demasiados ejemplos, como lo tengo ya observado en el *Género del Cristianismo*.

xxviii.—Pág. 97. Había en Roma un hebreo...

Este resorte se encuentra justificado con el uso que todos los poetas cristianos han hecho de la magia. De esta manera es como Armida arrebató á Renaldo, y así es como el demonio del fanatismo arma á Clemente de un puñal. Aquí no se trata mas que de llevar una noticia: Hierocles no ve al israelita, sino que envía á un esclavo tímido y supersticioso para que lo consulte; nada choca, pues, á la verosimilitud de las costumbres la pintura de la escena, y en cuanto á la escena misma, es correspondiente á mi asunto, pues sirve para hacer

(1) El censo era una contribucion que se había impuesto sobre las personas, los animales, las tierras de labor, las viñas y los árboles frutales.